

Alexandre Coello de la Rosa

HISTORIA Y FICCION

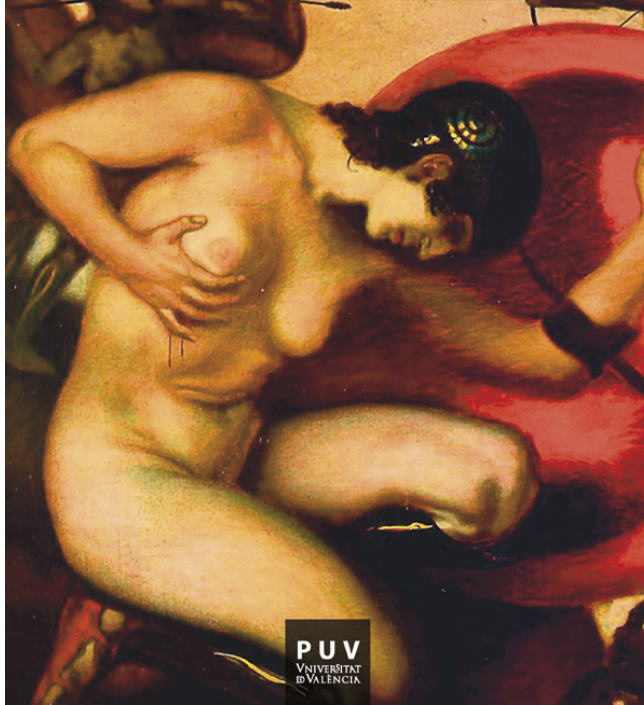
La escritura de la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1578-1557)



Alexandre Coello de la Rosa

HISTORIA Y FICCION

La escritura de la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1578-1557)



HISTORIA Y FICCIÓN

LA ESCRITURA DE LA *HISTORIA GENERAL*
Y NATURAL DE LAS INDIAS DE GONZALO
FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS (1478-1557)

HISTORIA Y FICCIÓN

LA ESCRITURA DE LA *HISTORIA GENERAL
Y NATURAL DE LAS INDIAS* DE GONZALO
FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS (1478-1557)

Alexandre Coello de la Rosa

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

© Alexandre Coello de la Rosa, 2012

© De esta edición: Publicacions de la Universitat de València, 2012

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Diseño de la maqueta: Inmaculada Mesa

Ilustración de la cubierta: Franz von Stuck, *Amazona herida*,
Museo Van Gogh, Amsterdam

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

ISBN: 978-84-370-9033-7

ÍNDICE

Ilustraciones

Agradecimientos

Introducción

Capítulo 1. El héroe y su reverso

- 1.1. Introducción: historia, realidad y ficción
- 1.2. Historia y verdad en la producción literaria colonial
- 1.3. Héroes del Nuevo Mundo
- 1.4. El reverso del héroe
- 1.5. Reflexiones finales

Capítulo 2. El modelo cidiano en la conquista de San Juan de Puerto Rico

- 2.1. Introducción
- 2.2. De La Española a San Juan de Puerto Rico (1503-1508)
- 2.3. La sublevación de los indios tainos de San Juan de Puerto Rico (1511-1513)
- 2.4. Diego de Salazar o el héroe cidiano en la conquista de San Juan de Puerto Rico
- 2.5. Reflexiones finales

Capítulo 3. Gigantes y patagones como relato épico retórico

- 3.1. Introducción
- 3.2. El héroe homérico como proyecto moral
- 3.3. Los salvajes patagones como relato épico retórico
- 3.4. Reflexiones finales

Capítulo 4. Las hijas de Marte en el Nuevo Mundo

- 4.1. Introducción
- 4.2. Las amazonas de las Antillas y Nueva España
- 4.3. Gonzalo Jiménez de Quesada y las amazonas del
Nuevo Reino de Granada
- 4.4. Gonzalo Pizarro y las amazonas del río Marañón
- 4.5. Reflexiones finales

Conclusiones

Bibliografía

Índice onomástico

ILUSTRACIONES

1. «Lirio». «Manuscrito Montserrat» de la Historia General y Natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo (HM 177, Vol. II, f. 78r). Libro XI, Capítulo VII, sobre hierbas y plantas. Cortesía de la Henry E. Huntington Library (San Marino, EEUU).
2. «Perorica». «Manuscrito Montserrat» de la Historia General y Natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo (HM 177, Vol. II, f. 78v). Libro XI, Capítulo VIII, sobre hierbas y plantas. Cortesía de la Henry E. Huntington Library (San Marino, EEUU).
3. Firma del capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. Colección Salazar y Castro. Cortesía de la Real Academia de la Historia.
4. «Lavando oro en batea». «Montserrat Manuscript» de la Historia General de Oviedo (HM, 177, Vol. I, f. 18v). Libro VI, Cap. VIII sobre «Depósitos» o «Misceláneas». Cortesía de la Henry E. Huntington Library (San Marino, EEUU).
5. Theodor de Bry, *América (1590-1634)*. Lámina V (Libro IV, 1594: «Quisieron los indios probar si eran inmortales los españoles, y ahogaron a un español, llamado Salcedo, en el mar»). Madrid: Editorial Siruela, 1995.
6. Theodor de Bry, *América (1590-1634)*. Lámina XV (Libro IV, 1594: «Descubrimiento del Mar de Magallanes»). Madrid: Editorial Siruela.
7. Theodor de Bry, *América (1590-1634)*. Lámina VI (Libro X, Parte 1ª, 1618: «De cómo son recibidos Amerigo Vespucci en una ínsula habitada por gigantes»). Madrid: Editorial Siruela.

8. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Libro XX de la Segunda Parte de la General Historia de las Indias*, Cap. VI. «Rancho o casa de los gigantes», Valladolid, 1557, folio 24. Cortesía de la John Carter Brown Library, Brown University (EEUU).

A la memoria de Álvaro Félix Bolaños (1956-2007)

¡Ay, breve vida intensa
de un día de rosales secular
pasaste por la casa
igual, igual, igual
que un meteoro herido, perfumado
de hermosura y verdad!

Miguel Hernández, *Cancionero y romancero de ausencias*, 1938-1941

AGRADECIMIENTOS

Hace ya algunos años que me intereso por la *Historia General y Natural de las Indias* (1535-1549) de Gonzalo Fernández de Oviedo. A diferencia de otros historiadores, más interesados en la figura del cronista como naturalista o geógrafo, mi trabajo enfatizaba que su exaltación de la naturaleza americana minimizaba las contradicciones del imperialismo colonial español. Estas contradicciones, que iban desde el extraordinario despoblamiento de la población nativa en el Caribe hasta los conflictos políticos y económicos entre las diversas facciones de conquistadores, acabaron con el «paraíso terrenal» descrito por Cristóbal Colón y llevaron a la Corona a implementar un mayor control de sus posesiones en el Nuevo Mundo (*De la Naturaleza y el Nuevo Mundo. Maravilla y Exotismo en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, 1478-1556*, Madrid, 2002).

Este libro, que analiza la narratividad del discurso historiográfico de Oviedo, tiene una deuda intelectual con numerosos amigos y colegas que en los últimos años han leído y comentado muchas de sus secciones. Mención especial merecen Leonidas Emilfork Tobar, Anne Garland Mahler, Karl Kohut, Guy Rozat, Juana Martínez Gómez, Esteban Mira Caballos, Jesús Pérez-Magallón, Kathleen A. Myers, Gustavo Verdesio, Consuelo Varela, Álvaro Baraibar, Ashley Nelson, Lorna Polo Alvarado, mi esposa, Patrícia Pou i Vila, Karen Stolley, Vicent Olmos por su interés en editar este libro, y muy especialmente, Álvaro Félix Bolaños, experto oviedista y profesor del Department of Romance Languages and Literature de la Universidad de Florida (EEUU), fallecido en la primavera del 2007. En los últimos años compartimos nuestro interés por la obra del cronista

madrileño, a quien Félix dedicó su tesis doctoral. Este libro está dedicado a la memoria de un hombre generoso.

INTRODUCCIÓN

la historia de las cosas pasadas tiene valor y precio inestimable porque es conservadora de la memoria y mensajera de la verdad y da mucha causa de deleite y de honesta utilidad... E como quiera que los preceptos y doctrinas de la filosofía informen y enseñen la vida de los hombres con mucho provecho y hermosura, con mayor utilidad y más hermoseedamente lo hacen las lecciones historiales.¹

En los últimos se ha revitalizado el interés por la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid, 1478 - Santo Domingo, 1557). Conocido habitualmente por su obra americanista, lo cierto es que el ilustre madrileño fue, además de Cronista Real de las Indias y alcalde de Santo Domingo, autor de una novela de caballería, *Don Claribalte* (1519), genealogista, historiador de la España del dieciséis, experto en heráldica y viajero incansable. Como señala el epígrafe anterior, la verdad fue siempre para Oviedo la suprema deidad. Para transmitirla a sus lectores, siguiendo el ideal erasmiano,² Oviedo recurrió a lo antiguo y lo moderno, a lo moral y a lo natural, a la historia y a la ficción.

Los orígenes del cronista fueron modestos. Nacido en el seno de una familia hidalga de origen asturiano, en 1478, en Madrid, Oviedo entró en contacto por primera vez con el pensamiento humanista en la casa ducal de Alonso de Aragón, segundo duque de Villahermosa y sobrino de Fernando el Católico, donde trabajó como paje de su hijo primogénito.³ Tres años después, a los catorce años de edad, fue transferido a la corte itinerante de los reyes Fernando e Isabel, ocupando el puesto de mozo de cámara del príncipe Juan, el único hijo varón y heredero al trono de los Reyes Católicos, con un sueldo de ocho mil maravedíes y título firmado por la misma reina.⁴ En aquel ambiente cortesano, formado por mayordomos, secretarios, tesoreros,

notarios, escribanos y cronistas fue donde se familiarizó con el pensamiento, la erudición y las fuentes del saber humanista y clásico que el heredero recibía de su tutor, el catedrático salmantino fray Diego de Deza (luego Inquisidor General),⁵ así como de destacados humanistas italianos, como del siciliano fray Bernardo Gentile, de Alejandro Giralдино, de Perugia, de Lucio Marineo Sículo -llegado a España en 1484, donde permaneció hasta su muerte en 1533- y de Pedro Mártir de Anglería (ca. 1457-1526), o Anghiera -traído de Italia en 1487 por el Conde de Tendilla y nombrado «Maestro de los caballeros de la Corte en las Artes Literarias».⁶ Pero más importante aún, aquel ambiente de «Minerva y de Marte», según escribió el mismo Oviedo, le ayudó a configurar una ideología letrada basada en los valores *hispanos* y en la dedicación y la lealtad exclusivas al rey.⁷

Su presencia en las cortes generales de Aragón, celebradas en Barcelona y Zaragoza en 1493, le permitió familiarizarse con las primeras noticias sobre tierras desconocidas y productos exóticos, así como conocer a personalidades relevantes de la vida política y económica del Nuevo Mundo. Entre ellos cabe destacar a Vicente Yáñez Pinzón, Nicolás de Ovando, y sobre todo, a Cristóbal Colón, a quien conoció en 1493 y cuyo hijo Diego sirvió como paje -oficio de mayor prestigio que el de mozo de cámara- en el séquito principesco.⁸ La repentina muerte del príncipe, pocos meses después de su matrimonio con Margarita de Habsburgo, hija del emperador Maximiliano I (1459-1519), en la ciudad de Burgos (4 de octubre de 1497), le hizo perder su lugar en la corte y buscar fortuna en Italia (1499-1502), donde entró al servicio de distintos señores - Ludovico Sforza, apodado «El Moro», el cardenal Juan Borja, sobrino-nieto de Alejandro IV, Isabel de Aragón, don Fadrique Enríquez de la Cabrera- y aprendió de los intelectuales del Renacimiento italiano.

De vuelta a España en 1502, Oviedo entró al servicio de Don Fernando de Aragón, hasta que en 1512 el duque de Calabria fue encerrado en el castillo de Játiva.⁹ Participó también en la campaña del Rosellón -cuando los franceses apresaron Sales- y a principios de 1505 regresó a la villa de Madrid con el fin de obtener una escribanía pública. En 1506 -año de la muerte de Felipe I «el Hermoso»- trabajó como notario público y secretario del Consejo de la Santa Inquisición de los cuatro obispados de Osma, Sigüenza, Cuenca y Calahorra, en tiempos del por entonces Inquisidor General fray Diego de Deza, cesando en 1507. Hacia 1502 se casó con la bella Margarita de Vergara profundamente enamorado y cuya pérdida (1505) le costó mucho aceptar.¹⁰ Pocos años después, el 14 de diciembre de 1507, la reina Juana lo nombró «mi notario e escribano público en la mi corte e todos mis reinos e señoríos». Sin embargo, sus ambiciones personales le llevarán siempre a desdeñar dicho oficio.¹¹

Alrededor de 1509 contrajo segundas nupcias con Isabel de Aguilar. Nombrado secretario del «Gran Capitán», don Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Terranova, Oviedo estaba nuevamente preparado para volver a Italia formando parte de las tropas de la Liga Santa contra Francia, después de la victoria francesa en Rávena (1511-1512). Llegó a vender parte de sus bienes para cumplir su objetivo, dejando a su mujer, a su tío Juan de Oviedo y a su primo - oficiales en la secretaría del aragonés Lope de Conchillos y Quintana- con poderes notariales para que le representaran en la corte.¹² Pero, en 1513, el bloqueo de los planes militares de la Corona con respecto a sus dominios italianos de Cerdeña, Sicilia y Nápoles llevó al Gran Capitán a disolver la armada.¹³ Frustrado y arruinado, satisfizo su curiosidad intelectual leyendo los libros de la prodigiosa *Biblioteca d'Aragona*, formada cuidadosamente en el Castel Nuovo de Nápoles por Alfonso V -apodado «el Magnánimo» y muerto en 1458- de Aragón y llevada a Valencia por su

patrón, el duque de Calabria, quien se encontraba prisionero en el castillo de Játiva. Algunos meses después, agobiado por las deudas contraídas, Oviedo decidió convertirse en un soldado de fortuna y partir a las Indias como escribano mayor de minas, además de participar en diversos oficios para los negocios particulares del influyente secretario real Lope de Conchillos, como los de fundición y preparación de los metales preciosos, las escribanías de justicia criminal y civil, y sobre todo, entró en el negocio de herrar a los indios esclavizados en guerra justa, que garantizaba un ingreso fijo por esclavo herrado. Y por si todo ello no fuera poco, el 2 de noviembre de 1513 se hizo además con el puesto de Veedor de las fundiciones de la provincia del Darién,¹⁴ acompañando al nuevo gobernador Pedro Arias (Pedrarias) Dávila (1440?-1531) en una flamante expedición compuesta de 22 naves y carabelas y unos dos mil hombres que partió de Sanlúcar de Barrameda el 11 de abril de 1514 y desembarcó en el puerto de Santa Marta, en Tierra Firme, el 12 de junio de 1514.¹⁵

Después de haberse embarcado por dos veces a las Indias (abril de 1514; abril de 1520), Oviedo volvió a Castilla después de haber sido requerido por Pedrarias en otoño de 1523 para promover su destitución.¹⁶ En Santo Domingo se casó por tercera vez y última vez con Catalina Rivafecha.¹⁷ Tan pronto pisó tierras castellanas se concentró en la publicación el *Sumario de la natural y general historia de las Indias* (1526), un breve tratado de ochenta y seis capítulos que antecedió a la primera parte de la *Historia General y Natural de las Indias* (1535).¹⁸ A finales de septiembre de 1530 regresó por cuarta vez como procurador -o agente- de las municipalidades de Panamá y de Santo Domingo. Su trabajo consistía en acusar al cordobés Pedro de los Ríos - quien substituyó a Pedrarias, conocido como «el Galán» o «el Gran Justador», en la gobernación de Castilla del Oro en 1526- de defraudar los intereses de la Corona y de mala administración ante el Consejo Real de Indias (1518).

Situado en medio del tráfico de influencias políticas y económicas de magistrados y oficiales reales, Oviedo consiguió que el ambicioso gobernador fuera destituido.¹⁹ A pesar de su efectividad como burócrata e intermediario en el nombramiento y destitución de los «malos gobernantes» coloniales de la época, Oviedo perdió en mayo de 1532 la gobernación de Cartagena que ambicionaba durante tanto tiempo.²⁰ En compensación, Francisco de los Cobos, un influyente secretario del Consejo de Finanzas del Emperador (muerto en 1547),²¹ concedió a Oviedo un salario de 30.000 maravedíes anuales para averiguar las cosas concernientes a la geografía y la historia del Nuevo Mundo, con la obligación de enviarlas al Consejo para ser incorporadas a la Crónica Real de Castilla.²² A finales de mayo, Oviedo pidió al Consejo de Indias que le permitiera renunciar a la veeduría del Darién a favor de su único hijo Francisco Fernández de Valdés -que contaba veintitrés años y murió ahogado al intentar cruzar un río cerca de Arequipa en noviembre de 1536, cuando iba en compañía de la hueste de Diego de Almagro, de regreso de la fabulosa expedición a Chile. Con más de cincuenta años y amoldado a la vida y al clima de Santo Domingo, las Cortes de Castilla vieron con buenos ojos el nombramiento oficial de Oviedo como cronista real el 18 de agosto de 1532 -un cronista erudito y castellano, no un cronista agente de propaganda e italiano- en un momento crucial de debate acerca de la legitimidad del dominio político de las Indias.²³

A lo largo de los siglos XVI y XVII, la historiografía indiana - sin duda el género literario más significativo de la historiografía española temprana- experimentó una notable expansión. Historiadores y/o cronistas de la época, como Pedro Mártir de Anglería, Francisco López de Gómara o el mismo Fernández de Oviedo, produjeron una nueva historia en lo que Michel de Certeau definió alegóricamente como escribir en una «página en blanco», convirtiéndose en figuras clave de la nueva economía escriturística del

Renacimiento español. Escribir historias en el mundo medieval no tenía que ver con la adquisición de nuevos saberes sino con la acumulación de lo ya sabido. A partir del siglo XVI la concepción historiográfica del humanismo tenía mucho que ver con el reconocimiento de los grandes modelos clásicos –como Polibio, Salustio, Tácito o Tito Livio– y retóricos. Pero también con las pretensiones de una mayor proyección internacional de la monarquía española y el mecenazgo. La actitud del historiador hacia el pasado ya no es de una simple imitación de los modelos antiguos, sino de una revisión de los mismos para las necesidades del presente.²⁴ Siguiendo al pensador francés, la escritura de la historia reinventa continuamente los eventos de la experiencia pasada y los convierte en un producto cultural que se extiende más allá de las experiencias particulares o individuales de sus protagonistas, contribuyendo a satisfacer los intereses de una cultura expansiva y hegemónica.²⁵

Como sabemos, la *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano* –recordemos que Fernández de Oviedo es el primero que utiliza el término para designar la historia de la totalidad de las nuevas tierras descubiertas– se publicó por primera vez el 30 de septiembre de 1535 (Sevilla: Juan Cromberger) y parcialmente el 2 de mayo de 1547 (Salamanca: Juan de Junta).²⁶ La segunda y la tercera parte fueron publicadas conjuntamente por Amador de los Ríos en cuatro grandes volúmenes en Madrid en 1851-1855.²⁷ Recientemente, historiadores como Jesús María Carrillo (2003, 2004) y Antonio Barrera (2006) han señalado que el *Sumario de la natural historia de las Indias* (Toledo, 1526) y la *Historia* (Sevilla, 1535) son las primeras obras ilustradas de un funcionario real encargado de desentrañar y sacar a la luz la materialidad americana –vegetación, animales y modos de vida– a través de la acción y la voluntad científica –el «querer saber»– de sus protagonistas.²⁸ La construcción de

un modelo de autoridad basado en la experiencia directa, vivencial, le permitirá al Oviedo naturalista inventariar y clasificar esa materialidad como lo habían hecho los Antiguos, en especial Aristóteles y su admirado Plinio Segundo -el Viejo (23-79 DC).²⁹ Para ello no utilizará un vocabulario ex novo y unitario, sino que, como apunta Carrillo, intentará reproducir en la medida de lo posible la singularidad de lo ya existente -la «novedad»- mediante un estilo sencillo y llano. Esta correlación entre lo visible y lo nombrable significa que los españoles debían aprender a «leer» el Nuevo Mundo tal y como se presentaba ante sus ojos, observando las virtudes estéticas de las especies y las posibilidades de transferirlas a un lenguaje visual.³⁰ Cínicamente, a mediados de 1540, Oviedo lamentaba que sus fuentes de información estuvieran desapareciendo, y con ellos, el conocimiento empírico de las «cosas» americanas, sin advertir que dicho conocimiento dependía de su papel como agente observador del presente colonial y de los requerimientos -políticos, económicos, morales- del sistema social del que formaba parte.³¹

Como señala Mercedes Serna, la «verdad histórica» del Renacimiento se relacionaba con la capacidad de evocar una realidad espiritual oculta a los ojos de los hombres vulgares, pero accesible a los dotados de una visión poética. La historiografía española del siglo XVI, por tanto, incorporaba leyendas y profecías que provenían de la tradición bíblica o grecolatina.³² Este es el caso de la *Historia General y Natural* de Fernández de Oviedo, una obra compuesta por un conjunto de relatos y narraciones legendarias, interpolaciones episódicas, digresiones anecdóticas, diálogos ficticios, en suma, estilos de contar las experiencias vividas en el Nuevo Mundo, impregnadas de providencialismo y de otros juicios de valor procedentes de una formación retórica tradicional -Aristóteles, Cicerón, Quintiliano- y de la pastoral judeocristiana.³³ La particularidad y la contingencia de los hechos históricos -

informes, cuestionarios, etc.- autorizaban la *Historia* en tanto eran verdaderos. Pero, como ha señalado J. M. Carrillo (2003), ese «discurso de la verdad» utilizó imágenes o concepciones para representar la viveza e inmediatez de lo narrado.³⁴ Imágenes que, como es sabido, reproducían discursos coloniales con significados de alto contenido exegético, ideológico y mesiánico.

Hayden White fue uno de los primeros en preguntarse sobre el estatus literario-historiográfico de los textos coloniales, señalando las conexiones entre la actividad del historiador y el novelista. Desde el campo de la crítica literaria, White sostiene que la intención política y social de un texto historiográfico puede rastrearse a partir de la estructura narrativa y arquetípica de su autor.³⁵ De acuerdo con esto, observamos que Oviedo inscribe su obra en el marco elegante de la cultura clásica renacentista.³⁶ Su estilo literario es propio de la historia panegírica o encomiástica (*laudatio y exordio*), configurando un discurso salpicado de héroes arquetípicos de un orden teleológico cristiano en lucha contra las fuerzas del mal. Al otro lado se situaban los «indios flecheros» o caribes, que se complacían en ser licenciosos y practicaban el canibalismo de acuerdo con una lógica colonial.³⁷ Estas prácticas corrompidas, al tiempo que horrorizaban a los europeos, alimentaban su fascinación por otros pueblos monstruosos con particularidades extrañas y diversas, como las amazonas, los pigmeos, los nereidos u hombres marinos y los gigantes patagones, que pertenecían a la mitología medieval, heredada de la patrística y del *topos* pliniano.³⁸

Dentro de la historiografía indiana existen dos géneros o tipos discursivos que influyeron decididamente en la construcción de la *Historia* ovetense. Dos procedimientos narrativos que evolucionaron en el transcurso del siglo XII y que se extendieron por toda España hasta alcanzar los territorios por ella conquistados: uno, literario, basado en el texto o narración -*narratio o ars narrandi*- que recupera y